

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo XI



~En una era que hace mucho que desapareció de todos excepto de un puñado de registros históricos fragmentados y

Los recuerdos menguantes de los ángeles, hubo un tiempo en que el Eljo no era precisamente una raza excepcional, y no era susceptible de ser destruido por la luz del sol. Cuando el mundo era jóvenes, su número era tan vasto como la hierba de los otrora extensos campos verdes del Edén; y vagaban por los cielos abiertos, sin ser obstaculizados por la luz del día. Sin embargo, como la Ley del Tiempo marca cada estación, como cada amanecer oscurece el cielo hasta convertirse en una cortina de estrellas, así también También así se desvanecieron en la oscuridad los otrora radiantes días del Eljo.

Por desgracia, incluso cuando los acontecimientos calamitosos de la historia ocurren invariablemente, los Eljo fueron condenados a aniquilación, aunque solo fuera por la conexión materna, al caer junto a su Madre, el ángel abandonado y condenado, Lucifael. Esto realmente sucedió; y el registro sombrío de tales eventos se encontraba disperso en escasos tomos apócrifos, antiguos pergaminos y cilindros de arcilla que revelaban un breve período anterior a la creación del Infierno: un tiempo inconexo e inigualable de los Vigilantes y los Grigori, los Nephilim. y los Gibborim —los Eljo y los Elioud— y toda clase y forma de gigantes y seres grotescos. El breve y predominante relato de esta antigua era revela apenas una fracción del recuerdo colectivo de aquellos primeros días en que los gigantes vagaban por la tierra:

En el principio, Dios creó el vacío sin forma y lo llamó Caos.

Del Caos, Él llamó a los Ángeles, que eran los Hijos e Hijas de Dios. Él los vio, tal como eran en Su Gloria; y Él llamados Su imagen, Eros. Con Sus ángeles más destacados y favorecidos de luz, Apolo y Estrella de la Mañana, Él separó la oscuridad de la noche y del día, impartiendo los nombres de Érebo, Nix y Hemera. Y en el resplandor celestial del ángel Apolo, Él hizo el día; en el resplandor terrenal del ángel Estrella de la Mañana resplandecer, Él hizo la noche. Entonces Dios movió al ángel Hermes para llamar el casco del ángel Gea, y formó la tierra. Desde el vientre de la tierra, Él invocó el escudo del ángel Urano y cubrió la tierra con el Elixir de la Vida. Y cuando hubo sembrado la tierra, Por dentro y por fuera, con las aguas de Urano, Él invocó la espada de el Ángel Éter y esparció un firmamento en medio de las aguas, separando cielos de mares; cargando a los ángeles Océano y Tetis como Los Vigilantes de las Aguas. Y así fue.

~*~

Y debajo de los cielos, el Señor levantó una tercera parte del mundo en montañas y valles, que separan la tierra del mar y cubren el mundo con multitudes de reinos moldeados a partir de Sus Ángeles Bestimedeus, Hominedeus, Artemisa, Dionisio y Deméter ~ esos muchos reinos de plantas, peces, aves, bestias y hombres; su jardín terrenal, bien hecha. Y como Él separó las tinieblas de la luz, y la tierra del mar y cielo, así separó a sus ángeles, llamando a una tercera parte de ellos para descender a la tierra y servir como su guardián.

~*~

Y Dios bendijo a sus ángeles terrenales, que eran una tercera parte de la Ángeles Celestiales, y Él llamó a estos divinos guardianes los Grigori y los Vigilantes del Mundo. Y Dios les mandó que salieran.

al mundo de los hombres y de las bestias, y sed fecundos y multiplicaos.
ellos mismos en medio de Su Creación. Y el Señor dio a conocer Su único
Les pidió, diciéndoles así: Para que participen de todo lo que Él tiene.
Creación, sin embargo del fruto y la semilla del Hombre y de la bestia por igual, este fruto es
Estrictamente prohibido. Y Él dio dominio a los Grigori y a los Vigilantes.
para gobernar la tierra y someterla; y así fue.

~*~

Tal y como estaba escrito, durante un breve tiempo, hubo Gigantes sobre la tierra: aquellos
Ángeles considerados los Vigilantes, junto con sus hijos Titanes y sus descendientes
Grotescos. Se movían abiertamente entre los Hombres, y estos erigieron santuarios y templos
en su honor, venerándolos como si fueran divinos.
Sin embargo, desde las profundidades de la Oscuridad que sobrevivió a los primeros días de
la Creación, incluso eones antes de que Pandora descubriera a los Damons, emergieron tres
Damons etéreos e incorpóreos, que juntos servían como una tríada inseparable de desolación;
y el significado divino de sus nombres era: Destino, Perdición y Muerte. Como uno solo, estos
tres Damons se asentaron sobre el Edén como una niebla inconmensurable y contaminada.
Como tres plagas convergentes que conformaban una sola nube de corrupción, se extendieron
por la tierra y oscurecieron los corazones y las mentes de los Hombres y los Ángeles por igual. En
esta presencia tripartita de Damon, casi todos los Vigilantes cayeron en la tentación y codiciaron
la Creación de Dios. Así como los Hijos de Dios vieron la belleza sin adornos en las hijas de los
Hombres, también la vio una Hija de Dios en particular, que se llamaba Lucifael. Fue vencida
y corrompida por aquellos Damons primordiales de aquella niebla oscura, y sus ojos sellados
de vanidad y lujuria se abrieron ante el esplendor desnudo y sin adornos del Hombre. Así, tomó
muchos maridos de entre ellos, se acostó con ellos y dio a luz cien hijos de corrupción en la
véspera de cada día.

Los ángeles terrenales —que eran los guardianes del mundo— huyeron con sus esposas y
esposos del rostro del Señor, escondiéndose bajo las montañas y sellando un pacto entre
ellos: mantener en secreto sus malas acciones y reclamar plenamente el mundo, dentro y fuera.
Y de este pacto traicionero —de esta mezcla intencional y blasfema entre ángel y hombre—
surgieron seres poderosos y horribles que Dios no había previsto en los primeros días de su
creación. Estos designios mortales impíos fueron los Nefilim y los Gibborim, los Titanes y los
Cíclopes; los Hecatónquiros y la Gorgona; Dragones y Wyverns, las Sirenas y las Lamias,
súcubos e íncubos mortales, los Elioud y los Eljo, Quimeras y seres de muchas cabezas,
de muchas cabezas.

Criaturas de ojos de la tierra, el mar y el aire: toda clase de abominaciones impías que, en última instancia, sobrevivirían a la historia como una miríada de maravillosos fantasmas en leyendas y tradiciones. Todas eran diferentes entre sí, salvo por su existencia antinatural: una afrenta combinada al Diseño Original y Sagrado. Y todas estas abominaciones antinaturales eran conocidas colectivamente como: los Damons. Hubo muchos Gigantes en aquellos primeros Días de los Damons. La vergüenza, la tristeza y el silencio de la traición se asentaron finalmente sobre el Edén, extinguiendo así la Inocencia de la Creación de Dios.

De entre todos los Vigilantes del Mundo, la belleza insuperable de un Vigilante en particular brillaba más que todos los ángeles, tanto celestiales como terrenales, y los cielos y la tierra conocían el significado de sus muchos nombres grandiosos, como Heylel de la Luz, Lilith de los Jardines y Estrella Matutina de los Cielos, y aún innumerables otros. Sin embargo, la humildad no era suya, pues era un ángel orgulloso que prohibía al hombre erigir templos o altares a su imagen, para que no disminuyeran su esplendor percibido con imágenes inferiores. Como fruto ilegítimo de los ángeles Érebo y Gea, era en verdad la semilla de ambos. La tierra y la oscuridad absoluta se manifestaron, de tal manera que incluso la luz del día palidecía ante Su presencia. Los hijos de los hombres solo se atrevían a susurrar el nombre de este hermoso ángel terrenal.

'Lucifael', así la llamaba el hombre, invocando su compañía en secreto y en sueños, y Ella vino a los hombres para apagar el fuego de su deseo por ella, y estos hombres engendraron a sus hijos mil, mil veces. Estos hijos alados fueron los Eljo que vagaron por el cielos sin oposición. En conjunto, el Eljo se elevó a los cielos como vastas nubes de pájaros brillantes. irrumpiendo hacia el cielo; y en vuelo, su gran número proyectaba sombras errantes sobre la cara de La tierra. El hombre contempló a los Eljo, los numerosos hijos de Lucifael y su estirpe, y los encontró maravillosos. Aun así, aquellos eran los últimos días de los ángeles terrenales, pues las tres plagas de la oscuridad se habían instalado en los corazones tanto de ángeles como de hombres. El Destino, la Perdición y la Muerte exigían una audiencia con cada uno de ellos.

Muchos de los Vigilantes Terrenales y sus esposas y esposos mortales se ocultaron en lo profundo de las montañas, mientras que muchos de sus grotescos y bestiales descendientes dominaban los cielos y mares abiertos, lo que llevó al Trono a enviar al Ángel Rafael para que presenciara Su preocupación. Así, Rafael descendió del Cielo como el Espíritu del Hombre y se enfrentó a aquellos pocos Vigilantes incorruptos que no habían sucumbido a las tentaciones terrenales. Estos eran las leales legiones de: Miguel de la Orden, Gabriel de la División, Azrael del Camino, Saraqael del Espíritu, Uriel, Remiel, Tadhriel y los espíritus principales de innumerables rangos sagrados. Y Miguel reveló a Rafael todo lo que había presenciado.

Miguel iluminó a Rafael acerca de la mayor parte de los Vigilantes, los hijos e hijas de Dios, que habían tomado para sí a los hijos e hijas del Hombre como esposas y maridos, que habían engendrado multitud de hijos poderosos para heredar la tierra. Michael contó el pacto que los Vigilantes corruptos habían hecho en el monte Haremél.

Antes de desaparecer en los valles de Dudael y Urh, habló especialmente de su número, pues eran muchos. Miguel reveló a Rafael los nombres de sus miembros, que se hacían llamar los Jefes de los Diez. Eran las legiones traicioneras de los Ángeles de Semjaza, Ezequeel, Samael de la Espada, Lucifael de la Luz, Cerbero e Hidra de las Puertas, Azazel del Destino, Prometeo del Fuego, Hermes de la Palabra, Kildeja, Machet, Atlas, Araquel y los miles y miles de Damons Terrenales que les servían .

Rafael supo que los Vigilantes que habían abandonado la Voz de Dios y reclamado la tierra para sí, habían matado a decenas de Ángeles que se les oponían. Rafael también supo de sus muchos actos en la inicua seducción y subyugación del Hombre. En particular, le contaron cómo Semjaza, Samael y Azazel echaron suertes por las hijas del Hombre, tomando muchas esposas de entre ellas, mientras que Lucifael escogió maridos de entre los hijos del Hombre. Rafael también supo que el Hombre nunca juró lealtad a los Jefes de las Decenas ni a su pacto blasfemo; sin embargo, el Hombre no podía desafiar la voluntad de estos Ángeles, que lo tentaron y lo asustaron con la amenaza de encerrarlo para siempre bajo las montañas.

Cuando Rafael presencié todo lo que había sucedido en la tierra y regresó al cielo con todo lo que había aprendido, el Señor ordenó que la tierra fuera purificada de toda maldad que la había corrompido. Inmediatamente, la ira del Trono cayó sobre el mundo de muchas maneras desconcertantes, y puesto que el Señor había visto que los numerosos Vigilantes rebeldes habían alterado la Faz de la Creación, alteró también el poder, la posición y la autoridad de sus Ángeles incorruptos y restantes, de tal manera que parecían completamente separados, aunque estaban sólidamente unidos como uno solo en el Espíritu.

El Señor otorgó a Sus ángeles firmes la Espada de la División y el Escudo del Orden, la primera de Gabriel y el segundo de Miguel. También les otorgó las Alas de Paso de Azrael y el Yelmo de Saraquel , y así hizo que todos Sus ángeles obedientes fueran como Preparados para la batalla como cualquier otro. Durante un tiempo apartado por Dios, sus honorables hijos e hijas se convirtieron en soldados indistinguibles e inquebrantables. Y de todas estas legiones ininterrumpidas de ángeles convocadas ante el Trono, el Señor las llamó Caos y les otorgó el Orden que era el suyo; en conjunto, sus filas se convirtieron en el Orden del Trono. Así, con el Trono de Dios detrás de ellos, los ángeles armados se reunieron.

contra sus hermanos y hermanas terrenales.

¡Ay!, con el registro grabado para siempre en piedra —acontecimientos eternamente congelados en las tablillas y tomos más antiguos del Tiempo— así comenzó la terrible y divina saga, anunciando los inicios de la Guerra de los Mil Años y el Gran Cisma Angélico. La tierra sufrió. Sus jardines perfectos quedaron devastados, arrasados y aplastados bajo las hileras de servidumbre y pecado, de humildad y orgullo, y de lealtad inquebrantable tanto a Dios como a los ángeles. En un lapso de tiempo que el hombre medía en siglos de oscuridad, los ángeles presenciaron un momento brillante y decisivo. Todos los pájaros cantores del Edén enmudecieron, pisoteados hasta el olvido bajo los insoportables gritos de oleadas de ángeles en guerra.

En este período rocoso de la Creación, cuando la corteza de la tierra se desmoronaba bajo nuestros pies y nada se atrevía a crecer ni a dar fruto, salvo las amargas malas hierbas y las semillas de la destrucción angélica, el hombre abandonó su hogar y huyó a los cuatro confines del mundo. Atravesó desiertos, océanos, montañas y todos los climas inhóspitos, buscando las regiones más remotas y vírgenes de la tierra para salvarse de aquellos que se asemejaban a un ángel. Se ocultó en los confines de la tierra durante mil años.

El Espíritu del Señor descendió sobre la tierra como la Espada de la Venganza, y de nuevo se movió a través del ángel Hermes. Llamó a un segundo testigo que no era ni Rafael ni ningún otro ángel del cielo ni de la tierra. En cambio, llamó a un humilde y fiel escriba para que caminara en su Espíritu y registrara todo lo que le fuera revelado. Así, a través de Hermes, llamó a un simple mortal, el joven hijo de Matusalén; y los ancianos de las Tribus de Matusalén llamaron a este joven escriba «Hijo de Metus-el-ah, que se movía en los espíritus», y lo llamaron Enoc.

El Espíritu del Señor guió a Enoc a la cima del Monte Haremél, aquella montaña maldita donde los Jefes de las Decenas habían jurado contra Dios y se habían erigido en dioses de los hombres; y la Voz del Señor ordenó a Enoc que escribiera en cilindros de registro todo que Él vio. Enoc obedeció la Palabra de Dios y llevó cuentas para la posteridad. En la cima de Haremél, en los días de sus registros, Enoc había envejecido considerablemente por lo que había presenciado en presencia del Espíritu; sin embargo, movido por el Espíritu y la Palabra, no obstante, escribió lo que Dios le permitió ver. Sus relatos comenzaron con sangre: con la crucial guerra de los Vigilantes. El Espíritu del Señor dejó a Enoc en la cima de la montaña y descendió a la tierra como la Espada de la Venganza. Miles y miles de legiones de ángeles se congregaron tras la Espada, que buscaba a los Jefes de las Decenas. Y la Espada los encontró y los castigó, mientras Enoc lo registraba todo.

Al instante, la tierra resonó como un gong golpeado, profundamente herida bajo la mayor confrontación en la historia de la Creación. Arroyos y ríos se tiñeron de rojo con sangre; plagas y pestilencias se extendieron como tormentas de fuego; bosques enteros estallaron en astillas; montañas se derrumbaron y valles quedaron hinchados con los restos putrefactos de mil legiones. Oleadas de ángeles y titanes en conflicto formaron una avalancha de ruina. Toda clase de gritos cargados, polvo revuelto, rugidos atronadores, cenizas ardientes y alaridos horribles llenaron el aire, llegando incluso a ensordecer y sofocar los cielos. Y cuando el Cielo contuvo la respiración, y sus ángeles apartaron la mirada avergonzada de un mundo que se agitaba y gemía bajo ellos, incluso el Trono de Dios pareció pender de un hilo ante una insurrección impía. En este día decisivo de devastación inconmensurable, suficientes ángeles, hom

Las bestias perecieron en una cantidad igual a la mitad de todas las estrellas que hay en el cielo.

La ira de Dios consumió el celo de los Vigilantes rebeldes, y la Palabra del Señor se extendió por todos los océanos. Dios ordenó a los ángeles Gea y Érebo que apartaran las profundidades de la tierra y las aguas que yacían bajo ella para los ángeles que habían transgredido contra Él, y el Señor exigió que cada ángel rebelde sufriera el mismo destino con el que habían aterrorizado a la humanidad: ser sellado para siempre bajo las montañas. Así sucedió que, al amanecer de aquel día del juicio divino, Dios anunció el amanecer de la condenación: nació el infierno.

La Espada del Señor maldijo y condenó a los ángeles rebeldes que no murieron a manos de la espada, y los maldijo por igual. En lugar de su antigua belleza, una fealdad bestial cubrió sus rostros, por dentro y por fuera, pues eran abominaciones a los ojos de Dios.

El Señor los arrojó al vientre de la tierra y a un reino de tinieblas y terrores inimaginables, tal como lo habían establecido Gea y Érebo. Y llamó a este reino al que los desterró la Tierra del Tártaro, el Reino del Hades, el Olvido, la Muerte, la Perdición y el Infierno. Luego colocó un Gran Sello sobre este reino y sus Vigilantes caídos, que duraría hasta que llegara el momento en que estos ángeles inicuos y blasfemos comparecieran ante el Trono para ser juzgados. Este Gran Sello estaba compuesto por tres Piedras de Puerta talladas por la Espada del Señor. Estas Piedras de Puerta se movían como un trío preciso, aunque inexplicable, de piezas interconectadas, que, en conjunto, separaban materialmente el inframundo y el Gran Abismo de los Vigilantes de las regiones superiores del Hombre y del Cielo.

Y aun cuando los Hijos e Hijas del Hombre echan la culpa a los Hijos e Hijas del Hombre Dios, el Señor, no pasó por alto los pecados del hombre ni su íntima relación con los ángeles. Por su transgresión—su fornicación con las legiones de los jefes de diez y sus

Por su participación voluntaria en mantener en secreto tales malas acciones, el Señor puso cuatro sellos permanentes de castigo en la cabeza, el corazón, el cuerpo y los ojos. En su cabeza, puso el castigo del conocimiento, de tal manera que se volvió lo suficientemente sabio como para comprender la vergüenza de su necesidad. En su corazón, Él depositó los reflejos de la inquietud, de modo que su alma se retorció y sufría ante cada tentación que se le presentaba. En su cuerpo, Él depositó las cargas y los dolores del nacimiento y la muerte, de modo que vivió solo un breve tiempo antes de entregar su carne al polvo de la tierra. En sus ojos, Él depositó la Luz del Mundo, de modo que estos se volvieron ciegos al Rostro de Dios y de sus Ángeles Celestiales. Y aun cuando el Hombre cayó de rodillas, avergonzado y en oración, Dios lo creó a esta imagen.

Fue solo por gracia que la ira del Señor no devoró al hombre tan completamente como a los traidores Vigilantes; sin embargo, Dios le concedió al hombre el tiempo de sus días para heredar el mismo destino condenable, si así lo deseaba. En su vida acortada de redención prometida, el Cielo ya no era un don, sino un paraíso ganado con su perdón del pecado. Y con cada acción, intención o aliento de su palabra, sería dueño absoluto de su destino. Él tomaría su propia decisión: pasar la eternidad en el Reino de los Cielos, el Orden y la Salvación, o abrazar el Reino del Tártaro, el Caos y la Condenación. Como prueba de que Dios a menudo obra de maneras inconmensurables y misteriosas, no separó completamente al hombre del ángel; tal vez su ira anterior no superó su amor inquebrantable por sus propios hijos e hijas y por los hijos e hijas del hombre. Les permitió la compañía continua del otro, aunque solo fuera en mente y espíritu.

El hombre siguió erigiendo templos divinos en honor a estos ángeles caídos, invocando regularmente a sus espíritus para pedirles consejo, ofrendas y ayuda. Y aunque estos ángeles exiliados fueron desterrados al vasto inframundo del Tártaro y el Hades, amargados para siempre hacia Dios y sus ángeles celestiales, a menudo se aparecían ante el hombre con la apariencia de su antigua y familiar belleza, iluminándolo sobre las muchas verdades innegables de la Creación: la astrología, el fuego, los metales, las nubes, los encantamientos, las piedras, las bestias, los ríos y los océanos, e incluso secretos que antaño fueron celosamente guardados por el Cielo.

Sin embargo, una Vigilante caída en particular, amargada por su belleza perdida y sus antiguas libertades de libertinaje y decadencia, soportó una era de profunda oscuridad y aislamiento absoluto; ocultando su fealdad en los confines más remotos del Tártaro y enterrándose en las regiones más desoladas donde la tierra nudosa crecía estrictamente como arboledas de formas negras y retorcidas, y donde sus aguas hervían como charcos de lodo y fango palpitante. Durante los eones de su exilio autoimpuesto, incluso los ángeles más perspicaces del Hades habían olvidado los otrora infames nombres de Heylel y Estrella de la Mañana. En el lugar elegido por Lucifael

En el aislamiento de la decadencia, palideció y su corazón se indignó cada vez más por la traición del Hombre. Y bajo tales pantanos de resentimiento, su incesante hosquedad se convirtió en una obsesión insaciable por corromper la esencia misma del Hombre, para que abandonara a Dios y al Cielo y, finalmente, compartiera el mismo destino maldito que el de Ella. En la oscuridad de sus confines eternos, se degradó hasta convertirse en el Diablo mismo, y este ángel de luz corrompido y caído se transformó en una reina íncubo inquietante y voraz : un espíritu sensual y siempre merodeador que se abría paso a través de los sueños sagrados de los mortales, mientras se alimentaba de sus almas.

Tras el Gran Diluvio, con la carne y las formas corporales de los ángeles desterradas sumariamente de la faz de la tierra, solo las sucesivas generaciones del Hombre sobrevivieron como únicos y mortales guardianes de las bestias, las aves y los campos. Las estaciones se agitaban como moscas inquietas ; montañas y valles se alzaban y descendían; y los ríos fluían y se desbordaban a lo largo de los siglos de su mundo siempre agitado, hasta que, una mañana tranquila, mientras labraba sus jardines, el Hombre halló un sello enterrado en el corazón de Asia. Al comprender que la inscripción era de origen divino, retiró la corteza del Tiempo y la consagró, construyendo un templo sobre ella. Durante más de medio milenio, atesoró el artefacto grabado, venerándolo abiertamente como a un becerro de oro y protegiéndolo en secreto con la misma atención nerviosa con la que un ladrón guarda un botín robado. Él dedicó su vida a ello, hasta que llegó el fatídico día en que el hombre se volvió lo suficientemente sabio como para abrir la puerta y lo suficientemente insensato como para afrontar tal ejecución.

Reims, Francia ~ Castillo de Blasi ~ Abril de 1348

“No eres un niño; eres un joven. ¡Deja de jugar con eso y mira hacia arriba!”

Blasi finalmente le arrebató al muchacho el pequeño caballo blanco de sus manos inquietas y guardó la figurita de porcelana en el bolsillo de su propia vestimenta antes de espolearlo hacia una alta puerta de madera. «Ahora, ábrela. No te hará daño por ello».

—¿Saldrá a la luz, verdad? —preguntó el niño, nervioso.

—Ella vendrá, solo para saber cuál es su lugar. Ahora, hazte cargo de ti mismo. Blasi golpeó con su bastón las nalgas del muchacho, animándolo a seguir adelante.

—Pero no puedo —gimió el niño, apartándose justo del alcance del bastón.

Blasi resopló. "¿Y qué te detiene?"

“¡Saldrá volando por la puerta, tío François! Lo sé. ¡Lo hará!”

Blasi suspiró. Balanceó el bastón frente a él, clavó el bastón en el suelo y luego lo ahuecó. Con ambas manos sobre el mango dorado, se inclinó y miró fijamente a los ojos del niño inquieto. Una suave brisa soplaba en el establo, ondeando la camisa demasiado grande de Blasi.

Como una cortina que se enrollaba. Sus pantalones holgados le colgaban bajos de las caderas y le llegaban hasta la rodilla. para dejar al descubierto vendajes parecidos a los de una momia que se enroscaban firmemente alrededor de sus muslos mientras descendían en espiral hasta sus pies. Manchas aleatorias salpicaban los vendajes: manchas carmesí donde Las llagas persistentes supuraban. Blasi entrecerró los ojos, articulando sus palabras. «En este preciso instante, quiero que me digas cómo te sientes, Michael».

El chico bajó la mirada y retrocedió. —Tengo miedo —confesó.

“¿Y cómo crees que se siente ella?”

—Tal vez esté enfadada —sugirió el chico—. ¡Es una bruja, la criatura más bruja del mundo entero!

—¡Tonterías! —espetó el Cardenal—. Solo finge ser mezquina. En realidad, está confinada y asustada. Es la única manera que conoce de expresar su miedo: fingiendo ser espantosa.

El chico levantó la cabeza de golpe, con una ceja arqueada y un nuevo brillo en los ojos. "¿Miedo? ¿De...? ¿a mí?"

“¡Pues claro que sí! Sin embargo, si sigues teniendo tanto miedo de ella como ella de ti, entonces ¿cómo vas a...? ¿Esperas montarla? El chico se giró y estudió las tablas dañadas y picadas de la puerta del establo, preguntándose sobre el poder silencioso y paciente que esperaba ser liberado. Blasi continuó. "Debes demostrarle que no tienes miedo. Solo entonces ella dejará de tenerte miedo. Blasi apuntó su bastón al chico. "Michael, debes dar el primer paso. Toma las riendas de ella y hazla sentir como si fuera parte de ti, inseparable como un caballo de su jinete. Solo entonces comprenderá cuál es su lugar. ¿Me entiendes? Michael bajó los hombros y se quejó: "¿Pero qué pasa si me pisa porque tiene miedo?"

—Eso no sucederá —gruñó Blasi—. ¡Vamos! —Cojeando, se dirigió al puesto.

El niño se mantuvo firme, protestando: “¡Pero el tío Francois!”.

“¡Pero nada! ¡Ahora, ven!” El niño obedeció, enfurruñado, mientras Blasi predicaba. “Me dijiste ¿Recuerdas que una vez deseaste cabalgar como el viento? Pues bien, este es un corcel especial, un espíritu indomable . ¿Y deseas cabalgarlo como lo hacía tu padre, sí, como un caballero? ¿Y cabalgar contra los ingleses?”

“Pero no en ese corcel. Mamá dijo que algo le pasa , que tiene un "Ojo salvaje y maligno."

Blasi giró sobre sus talones. —¿Malvada? Michael, no es eso lo que le pasa. Tu madre simplemente es demasiado sensible en esos asuntos, como deben ser las madres. Ven. —Continuó hacia la parte trasera de los establos y se acercó a un montón de heno suelto amontonado en el suelo de tierra. El muchacho lo siguió con cierta vacilación. —Además, no hay nada tan terriblemente malo en ella que no se pueda solucionar domando su espíritu. Te será de gran utilidad, si logras controlar su ansiedad, ahora descontrolada. Primero deben conocerse. —Blasi se detuvo frente al último establo y golpeó con su bastón.

contra el pestillo de la puerta destartada del establo. «Ahora, abre la puerta y llévala afuera como un buen caballero guiaría a un corcel digno».

Michael se arrastró hacia adelante, desabrochó el pestillo y se retiró apresuradamente junto a su tío. La puerta se abrió con un crujido y poco a poco se ensanchó, dejando ver el rostro de una enorme yegua negra de cabeza alta, orejas torcidas y ojos tan blancos como los del muchacho. La bestia resopló y pateó mientras daba vueltas dentro del establo. Rascó el polvo con una pezuña y se lanzó hacia adelante. «¡No!» Blasi le bloqueó la huida, agitando su bastón en alto. «¡Tranquila! ¡Con calma!» La yegua relinchó, sacudiendo la cabeza con agitación mientras se adentraba más en el establo.

El Cardenal sonrió, su mirada severa fija en el ojo del corcel, que parecía estar hipnotizado por la mirada del anciano. «Sí, lo harás», le susurró mientras bajaba el bastón. De repente, el tono de su voz se tornó casi infantil y a la vez inquietante.

«¿Lo ves? Primero debes hacerle saber que eres su amo.» Su rostro mostraba una sonrisa burlona. —Es excepcional, como el viento, en efecto. —Pasó un instante antes de que el sacerdote se aclarara la garganta y se recompusiera—. Ahora, Michael, quiero que... —Apartó la mirada del caballo y descubrió a Michael de pie a una distancia considerable, abrazado a un poste del establo, mirando fijamente desde más allá. Blasi se dio la vuelta.

—¡Michael! ¡Vuelve a mi lado ahora mismo! Ella no... ¡Umph! —Blasi salió disparado, cayendo de cabeza contra un pajar mientras el corcel pasaba a toda velocidad. Libre de sus ataduras, la bestia salió rugiendo de los establos y galopó hacia el campo. Blasi gimió y se quedó inmóvil, con la camisa suelta ahora sobre la cabeza.

Solo pudo oír risas estridentes mientras Michael lograba decir: «¡Te lo dije, tío Francois! ¡Siempre pasa lo mismo cuando abres la puerta!»

«¡Basta, Michael!» Aturdido pero ileso, Blasi se incorporó y se quitó la camisa de la cabeza. Regañó a Michael mientras se enderezaba y sacaba paja de su cabello. «Si no te hubieras escapado, eso podría no haber sucedido.» Miró a su alrededor. «¿Dónde está mi bastón?»

El niño corrió hacia él, riendo. Sacó el bastón del pajar y

se lo dio a Blasi. Con un gesto rápido hacia el poste del establo, ofreció una lógica infantil. «Deberías haberte escondido detrás de la madera, tío Francois.»

—No, Michael. Si no te hubiera estado mirando y por eso hubiera tenido que darle la espalda... — Blasi apoyó su bastón a su lado y se inclinó hacia adelante, gimiendo al intentar ponerse de pie. Luego suspiró y se dejó caer de nuevo sobre el heno—. Ve a buscar a tu madre, hijo.

En cambio, el chico rió entre dientes y se zambulló en el heno junto a Blasi. «Ya sé por qué siempre está enfadada». Blasi simplemente frunció los labios y miró fijamente el techo del establo. El chico se arrastró entre el heno como un tigre al acecho, acercándose a la oreja de Blasi antes de dejarse caer y susurrarle un secreto con las manos ahuecadas. «¡Porque lleva al diablo dentro!».

Blasi entrecerró los ojos mirando a Michael. «¡Hablas sin sentido; no digas nada más!»

El chico ladeó la cabeza. "¿Por qué?"

"El diablo solo daña a los hombres, no a los animales."

Michael se apartó y excavó un agujero en el heno para dejar al descubierto el suelo de tierra estable. Metió la cara en la madriguera y habló, sus palabras amortiguadas dentro de la cavidad mientras interrogaba a Blasi. "¿Si yo fuera un animal, entonces el Diablo no podría hacerme daño?"

"No eres un animal. Eres un niño. Y el Diablo les mete en la cabeza a los niños la idea de que podrían ser animales."

Michael metió la mano más adentro del agujero y escarbó la tierra antes de sacar un puñado de polvo. Lo echó por encima del hombro, sacudió el polvo de sus palmas y se olió los dedos. «Sé dónde está el Diablo, tío François». El chico señaló hacia el interior del hueco que había hecho. «Está ahí abajo, en ese lugar que no puedo decir».

—No digas ni una palabra —respondió Blasi mientras se acomodaba más en el heno, metiendo las manos detrás de la cabeza y entrelazando los dedos mientras seguía mirando al techo. Añadió: «Sí. Y está encarcelado allí abajo porque Dios lo castigó por su maldad. Así como ustedes son castigados cuando se portan mal, así fue castigado el Diablo por sembrar el mal entre los hombres».

El niño consideró la analogía bastante elemental de Blasi antes de interrogarlo. "Pero tío François, si el pah— pestinense es malo, entonces ¿cómo salió el Diablo para hacerlo?"

¿Suceserá? ¿Y por qué Dios lo permite?"

Blasi soltó una risita. Se llama peste, Michael... Pestilencia. Y el Diablo no puede salir de su confinamiento.

"¿Entonces cómo lo logró?"

"Habla de ello cuando seas mayor, cuando tengas suficiente conocimiento para hablar de estas cosas."

El niño se movió a su lado arrastrando los pies. —¡Pero soy mayor, tío François! Puedes decírmelo.

Blasi se incorporó y le dio una palmadita en el brazo al niño. «Por ahora, debes saber que debes amar a Dios con todo tu corazón. ¿Amas a Dios, verdad?»

"¡Amo a Dios y odio al Diablo!", dijo Michael. "Y sé que Dios hace cosas buenas y el Diablo hace cosas malas, que Dios es bueno y el Diablo es malvado. ¡Ya ves, soy más grande ahora!"

—Sí, así es. El bien es Dios y el mal es el diablo. Así que, haz solo el bien. Blasi acarició la cabeza de Michael y sonrió. —Tu padre estaría orgulloso de ti.

El niño avanzó lentamente de rodillas, sacó una pajita larga del pajar y la hizo girar entre sus dedos. «Tío François, ¿me puedes enseñar a rezar?».

El cardenal lo miró con incredulidad. «Ya sabes rezar».

“No, me refiero a cómo rezas , con mucha intensidad, con esas otras palabras que no entiendo. ¿Puedes enseñarme?”

Blasi se rió de la ingenua referencia de Michael a la oración en latín. «Bueno, podría.

¿Deseas ser caballero y sacerdote?»

“Si rezara con esas otras palabras, entonces Dios realmente mataría al Diablo”. Blasi vio un brillo en los ojos cada vez más abiertos del niño mientras continuaba. “O tal vez puedas pedirle a Dios que lo mate, ¡porque ya sabes las palabras! ¿Podrías rezar para que suceda?”. Blasi negó con la cabeza y apretó la mandíbula. —La oración no funciona así, Michael. —Quizás cuando seas mayor...

El niño tiró la pajita y se rascó los dedos. Blasi centró su atención en sus piernas, palmeando las manchas de sangre en sus vendajes. Blasi sintió que el niño tiraba de la manga de su camisa.

“¿El tío François?”

"¿Sí?"

“¿Por qué Dios permitió que el Diablo matara a mi padre, al tío Jacques y a todos los demás?”

“Eso sí que fue una batalla, Michael, hombres matando a hombres. Sin embargo, puedo contarte un secreto, si quieres oírlo ”, ofreció.

“¡Dime! ¿Qué es?”

Blasi puso la mano sobre el hombro del niño . “Oré por tu padre y por el tío Jacques, y usé esas otras palabras. ¿Y sabes lo que Dios me dijo?”

"¿Qué?"

“Me dijo que ahora están en el Cielo. Tu padre te está mirando desde arriba con una sonrisa , esperando a que te reúnas con él cuando llegue tu momento.”

“¿Te refieres a cuando muera?”

Blasi suspiró. “Sí, entonces.”

Michael resopló y se apartó. —Pero no quiero morir. Te entierran con los insectos y luego se te caen los huesos. Una vez desenterré un pájaro que había enterrado, y solo quedaban sus huesos, ni plumas ni carne.

El Cardenal negó con la cabeza. “Sin embargo, nuestras almas no estarán en la tierra, Michael. Nuestro cuerpo Cuando morimos, nuestras almas ascienden al Cielo. Como ven, en realidad nunca morimos. Simplemente lo parece porque somos carne y alma inmortal, y muchas veces no podemos ver más allá de la carne, que nos domina con fuerza.

“Pero tío François, ¿cómo sabemos que nuestra alma es real si no podemos verla?”

“No necesitamos verlo, Michael. Dios ya nos lo ha dicho. Él nos ama y quiere que lo veamos. Estar con Él.”

El niño hizo una pausa de unos instantes, como si estuviera pensando. —¿Me enseñarás las otras palabras para que pueda hablar con Dios?

“Hablas con Dios cada vez que oras. No necesitas otras palabras.”

El niño negó con la cabeza y respondió con firmeza: «¡Pero sí lo hago, para que Él me hable como te habla a ti! Nunca me habla, pero entonces siempre me quedo dormido».

Blasi soltó una risita y le dio una palmadita en el pecho al chico. «Él te habla en el corazón. Debes escucharlo desde dentro».

Michael se llevó la mano al pecho para sentir los latidos de su corazón. Luego alzó la vista e inspeccionó el techo del establo. Finalmente, bajó la mano, echó un vistazo al agujero en el pajar y se volvió hacia Blasi. «Tío François, ¿puede el diablo hacernos daño si estamos en el Cielo?».

Blasi soltó una carcajada. "¡Por supuesto que no!"

“Entonces quiero ir al Cielo y volver a ver a mi padre y al tío Jacques. ¿Puedo?”

Blasi acarició la cabeza del niño y sonrió. "¿Deseas ir al Cielo?"

El niño sonrió y se puso de pie de un salto con puñados de heno, con los brazos extendidos.

"¡Voy a ser un ángel y tendré alas para volar muy, muy rápido para que el diablo no me atrape!"

Salió disparado del montón de heno y dio vueltas alrededor del poste del establo, fingiendo volar.

mientras esparcía paja detrás de él. “¡Así, tío François! ¿Ves qué rápido soy?”

Dio vueltas y vueltas, mareándose hasta perder el control. Tras unos instantes, Michael se tambaleó y cayó al suelo. Con la mirada perdida y una sonrisa burlona, preguntó :

«¡Iba volando muy rápido, ¿verdad? ¿Como el viento?».

—En efecto, Michael —le aseguró Blasi—. Tan rápido como el viento, o incluso más.

Ahora ve a buscar a tu madre.

En cambio, el muchacho bajó la mirada al suelo del establo y amontonó polvo. Se quedó mirando el montón de tierra y su sonrisa desapareció. Luego se puso de pie torpemente y le preguntó a Blasi: "¿Dejará Dios que los ingleses vayan al Cielo?". Blasi buscó en la tierra las palabras adecuadas y Michael continuó: "Porque, si los ingleses van allí, entonces yo también iré". Para echarlos ... mataron a mi padre y al tío Jacques, así que no pueden estar con nosotros. Pateó el montón de polvo por el suelo del establo. Blasi percibió en las palabras del muchacho la misma ira inquebrantable que a menudo oía en su propio corazón atribulado. El muchacho golpeó el suelo donde antes estaba el montón de polvo. "Y entonces el Diablo ¡Los pisaré como a un insecto, hasta que se les caigan los huesos!"

“¡Michael! ¡Basta!”, espetó Blasi. “¡Dios no oirá esas palabras!” El niño miró a Blasi como si quisiera saber de repente dónde estaba. Blasi encontró los ojos de Michael llenos de lágrimas y El Cardenal bajó la barbilla con un suspiro mientras meditaba sobre el odio maligno en su propio pecho. Blasi llamó al niño. "Ven". El niño se zambulló en los brazos de Blasi. Se abrazaron en silencio, compartiendo un dolor silencioso y persistente que ninguna palabra, oración o La promesa podría expresar o aliviar adecuadamente.

Finalmente, Blasi habló para consolar al niño: «Todavía nos tienes a tu madre y a mí. Y llevarás el apellido Blasi y consolarás a tu madre con muchos hijos tan maravillosos como tú. Y sí, te enseñaré las demás palabras, si tanto deseas aprenderlas».

—Te quiero, tío François —murmuró Michael, con la voz amortiguada en el cuello de Blasi .

—Como yo a ti —respondió Blasi, acariciando la cabeza de Michael—. Tú eres el hijo que nunca olvidaré. “Lo tengo.” Suspiró, apartó suavemente al niño y le deslizó un pequeño corcel de porcelana en la mano. “Ahora, pórtate bien y ve a buscar a tu madre. Se hace tarde.” El niño sorbió por la nariz, se enderezó y sonrió. —Sí, tío François. Entonces Michael se limpió la nariz con la manga y salió corriendo de los establos. Blasi cayó de espaldas sobre el heno y gimió mientras se frotaba la cara.

El Cardenal miró hacia la entrada de los establos, escuchando el arrastrar de pies que se acercaban con rapidez. Se enderezó cuando una mujer delgada de mediana edad entró apresuradamente en el recinto: Alsae de Blasi, viuda de René de Blasi.

—¡François! —exclamó, buscando en los establos mientras se secaba las manos en el delantal.

—Aquí —gruñó Blasi, haciendo un gesto con la mano.

Ella se abalanzó hacia adelante. “¡Dios mío, ¿qué pasa aquí? ¿Estás herido?”

“Solo caídos”, afirmó Blasi, extendiendo la mano. “Y si me permiten la dignidad de estar de pie—”

Ella lo levantó mientras se quejaba: «¡Mira lo que ha pasado! No puedes andar por ahí. ¡Cuidado con las vendas! Están sucias y las heridas sangran de nuevo, incluso más que antes». Blasi solo sonrió y se apoyó en su bastón. Consideraba a Alsacia atractiva, pero sobre todo hermosa cuando se enfadaba.

—¡Deberías estar descansando! ¿Qué haces aquí? —le preguntó Alsae—. ¿Y Michael también estaba aquí?

Blasi respondió con un gesto de cabeza hacia la puerta abierta del establo: «Se ha escapado... otra vez».

Alsae miró el puesto vacío con la puerta entreabierta y negó con la cabeza con disgusto. «Mejor para nosotros que se pierda para siempre. Creo que al final te pisoteó. Dime, por favor, ¿por qué la tienes aquí? Si dices que por Michael, ¡no la aceptaré!». Señaló el puesto con el dedo. «No quiero a Michael cerca de... ¡esa cosa! No se parece a ninguna otra».

“En verdad, es muy superior”, defendió Blasi al corcel.

—¿Ah, sí? —Ladeó la cabeza—. Entonces, ¿por qué el herrero estaba tan ansioso por cambiar uno por el otro? Lleva toda la vida traficando con caballos, te lo aseguro. ¿Por qué un hombre que conoce tan bien a estas bestias, que tiene tanta experiencia en su oficio, estaría tan ansioso por perjudicarse a sí mismo?

Blasi suspiró. —Como te dije, Alsacia, algo le pasaba en la cadera; no servía ni para tirar de un carro durante mucho tiempo. Quizás el herrero tenía otro comprador para el otro caballo, alguien dispuesto a pagar una buena suma; se puede especular indefinidamente.

Alsae soltó una risa sarcástica. "¿Especular?". Volvió a reírse entre dientes antes de recuperar la compostura, apoyó las manos en las caderas y se giró para contemplar la puesta de sol.

«Por cierto, debo informarle que hoy, al regresar de la panadería, tuve el privilegio de conversar con un clérigo bastante notable de Aviñón. Se comportó con decoro —incluso con amabilidad— y estaba bien informado de lo que sucedía dentro del Palacio Papal». Blasi se puso rígido sobre su bastón. Apretó la mandíbula y miró alrededor de los establos.

“Incluso sabe de ti”, añadió.

Antes de que se diera la vuelta por completo, Blasi la agarró del brazo. "¿Quién es ese clérigo y qué le dijiste?"

“¡Me estás haciendo daño! ¡Suelta tu mano!” Alsae apartó el brazo de él y se arregló la blusa.

—Perdóname —respondió Blasi—. Simplemente quería ...

Alsacia resopló y se apartó de él. Se cruzó de brazos y miró los primeros anochecer, que proyectaban un resplandor inusualmente brillante sobre la tierra ese día, como si el cielo se moviera ahora con un amanecer apresurado. —Solo dijimos unas pocas palabras —dijo . —admitió antes de darse la vuelta y examinarlo. Sus ojos se posaron en sus piernas vendadas—. Sin embargo, le pregunté sobre el incendio en la cocina del palacio y no pudo recordar un momento como el que usted describe. —Lo miró fijamente a los ojos.

Blasi frunció los labios y puso los ojos en blanco. «¿Y si te dijera que no recuerdo haber sido quemado, acaso eso haría desaparecer mis heridas? En serio, Alsacia, la duda o la falta de confirmación de un hombre no implica la culpabilidad de otro».

—Usted es el Cardenal —afirmó Alsacia con frialdad—. Debería saber mejor las implicaciones de esto ante los ojos de Dios , ¿no es así?

Blasi la miró con severidad. —Claro que sí. Y ya te dije que no quiero que hables de mi paradero hasta que me recupere.

Alsae sonrió y se encogió de hombros. "Y no, como me preguntaste".

—Espléndido —dijo Blasi secamente—. ¿Nos retiramos de aquí? —Cojeando, se dirigió hacia el La entrada era segura, pero Alsacia lo detuvo tomándolo del brazo tras apenas unos pasos.

“François, hay algo que debo saber con absoluta certeza.”

"¿Qué es?"

“Como hombre de Dios —incluso cardenal— y único tío vivo de mi hijo, debería esperar que me digas la verdad.”

Blasi suspiró, se apoyó en su bastón y observó las zonas desgastadas de sus zapatos.

antes de dirigirse a sus ojos. "¿Qué pasa?"

—¿Dónde dijiste, de nuevo, que habías adquirido ese otro corcel? —preguntó, con la voz tensa y desafiante.

“Ya te lo dije, desde los establos del palacio. ¿Acaso debemos seguir dándole vueltas a la misma pregunta durante nuestra estancia en la Tierra?”

Alsae apretó los labios y asintió con firmeza. "Debemos hacerlo". Desvió la mirada antes de estrechar la mano. sus manos, enderezando sus hombros y mirándolo fijamente a los ojos. Forzó una sonrisa. “Hablé con el herrero hace unos días y se rió de mí. Dijo que no había nada malo con la cadera del corcel, y también me dijo: 'No era un corcel común,

pues tenía marcas inconfundibles: las de la Guardia Real de Su Majestad. Te pregunto ahora, François: ¿cómo es posible?

—¿Guardia Real? —preguntó Blasi con incredulidad—. Conseguí el corcel de los establos papales. «Era propiedad de la Santa Sede». Sus miradas se cruzaron y una intensa tensión se apoderó de Blasi y Alsae, como si cada uno intentara traspasar al otro. Alsae fue el primero en apartar la mirada.

—Intuí que quizás el herrero se equivocaba —dijo ella—. Sin embargo, me contó cómo le ordenó al corcel que retrocediera, que cargara y flanqueara, y que se tumbara de costado y se quedara quieto como muerto. ¿De qué otra forma podría un corcel obedecer tales órdenes si no estuviera entrenado para la batalla? ¿Y por qué un corcel de la Santa Sede habría de estar tan curtido?

Blasi se encogió de hombros. «Es posible que este ejemplar procediera originalmente de una estirpe de guerreros antes de caer en manos de la Sede. Podríamos seguir dándole vueltas al asunto eternamente sin llegar a una solución».

—Tal vez —respondió Alsaí, sin estar del todo convencido.

Al salir de los establos, Alsae escudriñó el bosque a lo lejos. «Muy bien. Buscaremos a tu corcel al amanecer. No se alejará mucho». Tomó el brazo libre de Blasi y lo ayudó a acercarse a la casa.

“Es una buena yegua”, comentó Blasi. “Denle tiempo suficiente para que se recupere”.

—¿Te ha vuelto el apetito? —preguntó Alsae, aparentemente ya cansada del tema.

“Estoy hambriento”, admitió Blasi.

—Eso es lo que quiero oír. Tu plato rebosará y tu copa estará llena, e incluso habrá pan recién hecho. Deberías descansar después de la cena. Debemos cambiarte las vendas y convertirme de nuevo en un cardenal ejemplar. —Le dio una palmadita en la mano y rió entre dientes—. Quizás te conviertas en el mismísimo Papa. ¿Y cómo se dirigirá entonces Michael a ti? —preguntó, riendo—. ¿Como su tío Santidad? Blasi sonrió débilmente y negó con la cabeza.

Caminaron lentamente hacia el castillo, y en el silencio que siguió, oyeron el aullido incesante de un perro lejano. Más allá de ellos, el crepúsculo se extendía sobre el campo, y a través de

Entre las finas nubes que se extendían, solo se veían las estrellas más brillantes. El resto se desvanecía en una mancha gris que surcaba el firmamento. El aullido continuaba, el llamado inquietante y el gemido ominoso, sugiriendo que algo andaba muy mal, que tal vez una cosa grande y terrible se cernía sobre el horizonte, avanzando con paso firme como alas al viento.

~*~

Incluso mientras Blasi se recluía en la ciudad de Reims, la remota abadía de Gardiens podría haber parecido un campo de batalla abandonado de una matanza enigmática, su paisaje cubierto de los restos desmembrados y mezclados de soldados, monjes, escuderos y caballos. Desde aquella noche horrible, cuando Blasi logró abrir la segunda Piedra de la Puerta, cientos de hombres yacían destrozados y esparcidos, sus partes rotas depositadas donde las estatuas voladoras de la iglesia de la abadía los habían liberado por última vez. Los restos dispersos yacían tan completamente... Expuesta a la intemperie, el viento hacía tiempo que había perdido su hedor, silbando solo entre huesos blanqueados, ropas desgarradas y mechones de pelo rebelde. La ladera de la abadía se había convertido en un cementerio invertido, una flagrante afrenta para toda la humanidad.

Los montículos de lodo del capitán Bourne se habían erosionado hacía tiempo de las grietas exteriores de la catedral, permitiendo una ventilación adecuada para la abominación cáustica que había intentado contener. Dentro de la iglesia y bajo su altar, los gemidos y gritos de la columna giratoria continuaban, sin cesar por una piedra angular de seis toneladas que exhalaba una columna de muerte. La niebla era una bruma recurrente cada noche, comportándose más como una niebla nocturna predecible y e... Más que una bruma vespertina que se disipaba, era un organismo vivo. Al anochecer, se abría paso sigilosamente desde la catedral y se extendía por la ladera como una alfombra ondulante de oscuridad tan intensamente negra que absorbía todo brillo y destello de luz de cualquier superficie de agua o piedra. La niebla cubría el suelo con su abrasador resplandor hasta el amanecer, cuando invariablemente dejaba tras de sí una tierra arrasada. Siempre, el telón mortal se retiraba hacia la ladera de la abadía y se refugió en la catedral para esperar el siguiente indicio del crepúsculo. La niebla era apenas reconocible como otra cosa que el cambio de la noche, sin embargo, como una plaga persistente, cubría más terreno con cada atardecer que pasaba, sofocando poco a poco el campo francés. A su paso, las malas hierbas y los arbustos se marchitaban y árboles enteros caían desnudos, los estanques y arroyos se pudrían, y todo ser vivo —desde los hombres hasta los perros, ratas a pulgas: entregó su vientre a la presencia incesante. En conjunto, el vapor ardiente parecía servir como una diabólica línea de defensa, ofreciendo un foso cada vez más extenso de morir para proteger la Piedra de la Puerta abierta.

Sin embargo, había más que una niebla reservada para cualquier viajero extraviado. Cuando la Abadía

El horizonte occidental ahogó los últimos rayos de luz del día y la cáustica curva de la catedral se extendió sobre el suelo del bosque; las regiones superiores del tejado de la catedral cobraron vida con un crescendo de caos que estalló en los cielos como una cacofonía de cuervos. Una columna giratoria de estatuas de granito se elevó en espiral hacia las estrellas, y esta abominación aérea se reunió en muchas bandadas errantes que recorrían el campo como manadas de demonios alados en la caza consistía en devorar cualquier criatura viviente que encontraran. Como una niebla mortal, cubrían nuevos territorios cada noche, volando cada vez más cerca de los pueblos habitados y representando una amenaza creciente para las ciudades cercanas de Murat, Vic-sur-Cere y Saint-Flour.

Estas criaturas del aire no eran verdaderamente Grotescos, pues la carne de los Grotescos a los que cada uno se parecía había muerto hacía mucho tiempo por la exposición a la luz solar. Las estatuas eran meras réplicas de granito de sus seres vivos, ahora habitadas por Damoses Primordiales: espíritus que habían escapado de la Piedra de la Puerta abierta; Damoses etéreos e incorpóreos que no se parecían en nada a la verdadera naturaleza de los Eljo. Las formas rocosas no eran más que piedras poseídas y la encarnación de Damoses que fueron arrojados al Infierno en los primeros días de su creación. Los Eljo que alguna vez poseyeron esos cuerpos se habían solidificado hacía mucho tiempo por el sol. Y ahora solo los Damoses los poseen, moviéndose al unísono bajo la luna mientras siembran el terror por una extensión cada vez mayor de tierras sombrías.

Aunque cada vez más aldeanos se enteraban de la niebla corrosiva que se extendía sigilosamente y de sus infames estatuas voladoras, y contaban con medios para huir de estas monstruosidades crecientes, pocos escaparon de los designios omnipotentes y más mortíferos del infierno. La Gran Peste era como un dragón que emergía del Mar Negro, con tres cabezas desmesuradas y tres nombres: Bubonia, Neumonía y Septicemia. El monstruo de tres cabezas cabalgaba sobre una rata negra y los franceses lo llamarían la Peste Negra, y el infierno lo siguió. Fue una auténtica pócima del diablo. Mientras el sesenta y seis por ciento de Asia yacía bajo el hedor fétido de la muerte, el apetito de Lucifael por el alma del hombre apenas se había saciado. Lo quería todo consigo, aprisionado para siempre. Así, en 1347, en los últimos días de octubre y bajo una gran luna de cosecha, la Peste Negra se abalanzó sobre los cabos del Santa Godeberta, sobre las amarras del barco y contra toda Europa. En cuestión de días, la letal mezcla de Lucifael sofocó el bullicioso puerto de Messina y se extendió tierra adentro como una brisa marina venenosa.

Tras asolar la ciudad de Messina, la peste se extendió ochenta kilómetros al sur hasta Catania. Inmediatamente, sus habitantes descubrieron que se estaba produciendo una epidemia y aislaron la ciudad; sin embargo, tan rápido como se propagó, esta medida llegó demasiado tarde. Catania estalló como una ampolla madura, produciendo incontables fanegas de manzanas negras bajo axilas febriles. Y mientras la ciudad de Catania sucumbía a la propagación

La peste hizo que la ciudad de Venecia palidciera, produciendo seiscientos cadáveres al día. A medida que los médicos venecianos se exponían a los enfermos, ocho de cada diez de ellos desarrollaron manzanas envenenadas y también murieron. Una bruja malvada era Lucifael; en total , dos tercios de Venecia murieron y sus cadáveres se pudrieron al sol.

La bubonía, la neumonía y la septicemia reinaban mientras Lucifael continuaba su cosecha de manzanas negras. Clavó su tridente y empujó sus tres plagas más al norte para asolar las costas centro-sur de Europa. Las cercanas islas de Cerdeña y Córcega imploraron con su vil genio, y de los doce barcos mercantes que navegaron hacia Messina solo para ser obligados a abandonar el puerto, un tercio terminó atracando en el puerto marítimo de Génova. Como en Messina, los funcionarios portuarios genoveses descubrieron abruptamente que los barcos portaban la peste y mantuvieron a los buques a raya con flechas incendiarias antes de ordenarles que... Zarpas del puerto. La tripulación, maltrecha, obedeció, poniendo rumbo a los puertos de Marsella y Barcelona, pero no sin antes arrojar más ratas infectadas por los cabos de amarre hasta los muelles genoveses. En cuestión de días, toda la ciudad se convirtió en una tumba maloliente.

Cuando una parte de la flota desmantelada llegó al puerto de Marsella, las autoridades permitieron que los barcos contaminados permanecieran allí, con la condición de que todos los barcos y la carga fueran confiscados. Marineros infectados y ratas se dispersaron por la ciudad, y en menos de un mes, la enfermedad de Diabolus la asoló. Para las víctimas que vivían en el hacinamiento de prisiones y monasterios, las estructuras amuralladas se convirtieron en fosas comunes de putrefacción, y en su interior la cifra de muertos ascendió a ocho de cada diez, llegando incluso a la aniquilación total en algunos casos. La otrora bulliciosa ciudad portuaria de Marsella quedó en silencio. Quince mil hombres, mujeres y niños se convirtieron en cenizas y polvo.

A principios de 1348, los últimos restos maltrechos de la Flota de la Peste Negra llegaron sigilosamente a los muelles de Barcelona. Al igual que en Marsella, los funcionarios del puerto confiscaron los barcos y permitieron la entrada a la ciudad a la tripulación contaminada. Sin excepción, todas las iglesias de la ciudad fueron víctimas de la constante persecución. corrientes de carros tirados por caballos y sus cargas amontonadas de cadáveres. Como la mayoría de los funcionarios de la ciudad Ya estaban absortos en sus propias manzanas negras, el orden cívico se había rendido al caos primigenio. En un caso muy notable, cientos de barceloneses, convencidos de que el mundo estaba en su hora final, se congregaron en los cementerios, entreteniéndose con celebraciones macabras y orgías de borrachos para conmemorar su Día de Muertos. Como uno solo, pecaron , murieron y se pudrieron sobre las tumbas de parientes más afortunados que habían escapado de la espantosa pandemia al morir antes de que llegara. Sin espacio disponible en los cementerios y sin sacerdotes vivos para consagrar terreno sagrado adicional para el entierro, y de hecho con pocos hombres dispuestos a enterrar a los muertos infectados, aquellos que recogían los cadáveres comenzaron a empujar sus carros hacia el océano, dejando sus hinchadas cargas entre los innumerables cuerpos que

ya chapoteaba contra la orilla. Con cada hora que pasaba, se arrojaban más restos humanos al mar; y las brisas vespertinas del interior de la ciudad se volvieron tan absolutamente fétidas que incluso un leve soplo del aire nocturno invariablemente provocaba náuseas agudas a todas las personas que aún no habían enfermado por otra exposición. En todas direcciones, el aire, la tierra y el mar yacía cubierto por una descomposición inconmensurablemente rancia.

La peste se extendió tierra adentro desde los puertos italianos, devastando por completo las principales ciudades de Pisa, Roma y Nápoles. Muchos de los habitantes locales creían que la culpa la tenía una terrible profecía bíblica : que Dios estaba enojado con ellos. Los más instruidos especulaban que un violento terremoto era el causante de la pandemia, ya que el sismo había ocurrido apenas un año antes y había sido una conmoción inolvidable que abarcó toda la península italiana, desde Venecia hasta Nápoles. Creían que, tras el terremoto, vapores venenosos habían escapado de la tierra y se habían extendido por el territorio, absorbiéndose a través de la piel. Como resultado, muchos habitantes evitaban las tareas pesadas que provocaban sudoración o cualquier apertura de los poros y la piel, mientras que otros se cubrían con orina en un intento de protegerse de los supuestos vapores letales. La mayoría de quienes no huyeron de las ciudades y pueblos permanecieron en sus hogares, evitando el contacto con los cientos de cadáveres que llenaban las calles. Y aquellos que se atrevían a salir al exterior, lo hacían con la cabeza completamente cubierta, dejando solo una fina abertura de tela sobre los ojos. Se cubrían el rostro con ramos de flores y especias para ahuyentar los vapores de la carne podrida y en un intento inútil de ahuyentar el contagio omnipresente que ahora se cernía sobre toda la región.

Mientras la gente huía de las ciudades costeras contaminadas y se producía una migración masiva hacia el interior, la peste se adentró aún más en Europa. Cuando la plaga llegó a Milán, sus habitantes actuaron precipitadamente para identificar a los infectados, sepultando a familias enteras en sus casas y prendiéndoles fuego. Aunque las autoridades municipales aislaron la ciudad de inmediato, Milán también sucumbió.

En Florencia, las autoridades municipales no tuvieron más remedio que imponer una ordenanza que silenciaba el monótono tañido de las campanas de la iglesia. Limitaron estrictamente el número de asistentes al funeral, permitiendo la presencia de solo dos personas por entierro, para facilitar el movimiento de los numerosos equipos de sepultureros. A medida que la infección se propagaba y los cementerios se llenaban de muertos, la ciudad recurrió a los entierros en fosas comunes. Los sepultureros apilaban tres o más cuerpos entre capas dispersas de tierra.

Quizás los excavadores eran los mejores cronometradores, marcando sus horarios por la cantidad de personas que enterraban. Mientras varios trabajadores cubrían los cadáveres en las zanjas, otros

Excavaron los extremos cada vez más largos de las zanjas. Durante semanas, el desfile de la Muerte continuó con la precisión de un reloj. Carretas cargadas con diez o veinte cadáveres llegaban a las fosas comunes cada hora. Finalmente, los caminos más transitados de Florencia se convirtieron en surcos de barro seco aparentemente intransitables que no conducían a ninguna parte, salvo a las Fosas de la Muerte.

Poco después, Marsella se derrumbó, al igual que Arlés, y luego Aviñón, sede del Palacio Papal y capital de la Santa Sede. Con una densa población de cuarenta y ocho mil habitantes viviendo dentro de sus murallas, Aviñón cayó más rápidamente que ninguna otra. Los predicadores apocalípticos llenaron las calles, clamando por el arrepentimiento. En su perversa adhesión a un mal aparentemente ineludible, muchos se adueñaron de las esquinas, convirtiéndolas en sus púlpitos personales para compartir sus historias y profecías sobre el fin de la humanidad. Convocaban a las masas desesperadas y reunían a los enfermos para que presenciaran sus atronadores sermones, y así sus profecías se cumplieron: los más vociferantes cosecharon frutos negros y luego enmudecieron.

En el corto lapso de unos pocos meses y a un ritmo de cuatrocientas muertes por día, Aviñón entregó la mitad de su población a la tierra. Como los predicadores del fin del mundo que gritaban desde las esquinas de las calles, la mayoría de los habitantes de la ciudad estaban seguros de que la ira de Dios había caído sobre ellos, que la Gran Peste era un castigo divino por sus estilos de vida babilónicos, por su libertinaje y pecado. Oraban, prometían y suplicaban, Sin embargo, el número de muertos seguía aumentando. Un desesperado Papa Clemente derramó su aceite bendito y consagró todo el río Ródano como tierra sagrada, y así, con un río caudaloso que ahora servía como un lugar conveniente y sagrado para el entierro, los sepultureros de Aviñón llevaron a las víctimas de la peste al centro del puente de Saint-Bénézet y las arrojaron por el borde.

La impía mezcla de Lucifael también asoló el corazón de la Santa Sede, y nueve cardenales y la mitad de los sacerdotes de Aviñón fueron sepultados. Sin embargo, la peste no logró arrebatarse la vida a su Santo Padre designado en la tierra, ya que el Papa Clemente huyó del Palacio Papal al amparo de la oscuridad, protegido por su grupo secreto de guardias y médicos. Los dignatarios moribundos y la nobleza enferma, que se aferraban al palacio, Las puertas y suplicaron la absolución pontificia y los últimos sacramentos de Clemente, no tenían idea de que había abandonado la ciudad varios días antes. Y cuando descubrieron que había escapado, les dijeron que se había trasladado a la ciudad norteña de Valence, pero en verdad, Clemente Se recluyó en el remoto pueblo alpino de Grenoble, instalándose entre dos chimeneas siempre encendidas y dentro de un círculo de médicos selectos liderados por Guy de Chauliac. Además de su habilidad para guardar secretos dentro del papado, era un médico experto.

Médico y favorito personal de Clemente, un eminente médico francés que atendía habitualmente a Clemente y a varios de sus cardenales. Una vez atendidas sus necesidades inmediatas, Clemente gobernó la Santa Sede a distancia mediante correspondencia escrita con el cardenal Firmus, quien permanecía en el Palacio Papal para hacer cumplir los mandatos del Papa.

La primavera llegó inusualmente pronto en 1348, trayendo consigo un verano sofocante y una oleada de muertes. París sucumbió rápidamente a la Peste Negra, que producía más de ochocientos cadáveres al día y contaminaba el aire en un radio de casi dieciséis kilómetros con un hedor incesante. Al igual que el papa Clemente, el rey Felipe se ocultó, confiando su paradero solo a unos pocos de sus colaboradores más cercanos. El capitán Bourne, entonces al mando de las nuevas filas de la Guardia Real, era uno de ellos. Así como Guy de Chauliac gozaba de gran confianza dentro del Palacio Papal y sus filas pontificias, Bourne también gozaba de la confianza del palacio de la monarquía del rey Felipe .

Tras la decadencia y caída de París, las principales ciudades francesas de Lyon, Burdeos, Orleans y Reims también se derrumbaron, y con ellas, la realeza y el liderazgo se desmoronaron. Los vasallos del rey y generaciones enteras de nobles yacían amontonados en fosas comunes, y sus sirvientes indigentes eran abandonados a la intemperie, pudriéndose a la vera de los caminos. Ni los senderos ni los ríos estaban libres de cadáveres, y todo tipo de embarcaciones sin tripulación vagaban sin rumbo por los cauces. Sobre todo tras las fuertes lluvias, cientos de cuerpos hinchados flotaban río abajo, enredados de tal manera que formaban islas de carne fétida. Como halos de muerte, anillos blancos de espuma rodeaban los montones ennegrecidos, y sobre muchas de estas balsas de cadáveres navegaban pájaros blancos de largas patas, chasqueando sus picos en la abundante insectos que proporcionaban las flotillas rancias. La muerte empleó muchos métodos para su propagación constante.

Cerca de la ciudad de Burdeos, los pilares estrechos del transitado puente de Duguate se erguían como una red de cadáveres, recogiendo los restos empapados de personas, ovejas, bueyes y caballos contra sus cimientos. Los ojos de los viajeros que se atrevían a cruzar el puente estaban bajos, abrasados por los vapores de la espuma hirviente que corría debajo. La mayoría de los animales que se acercaban al puente luchaban por cruzar el río, para no ser espoleados, y muchas bestias no llegaban al otro lado antes de saltar por encima del muro, enredándose en el fango fermentado y convirtiéndose en combustible adicional para su espuma. Caminos y ríos, pueblos y ciudades, reyes y reinos: la tierra moría. Incluso los cielos más altos apestaban por sus vapores pútridos y ascendentes.

Y Lucifael se reía a carcajadas todo el tiempo de todo lo que ella había hecho.

[Fin del capítulo 11]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~